

Memorialistas & Viajeros
Eugenio Montale: “Fuera de casa”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Desde hace años tengo en borrador un texto vergonzoso titulado “Dificultades con la poesía”, que se explica por su título. La poesía es lo más cercano a la literatura pura, al arte de las palabras, a la expresión del alma, a lo que tenemos de semidioses. Y yo soy, lo reconozco, un pobre prosista persistentemente burdo y a menudo banal. Por eso trato de entrarles a los poetas por otro lado, por donde mi sensibilidad de caballo viejo aunque rijoso no se tropiece con mi débil “inteligencia emocional”, y encuentre un espacio acogedor, liberador, reivindicativo. Como para decir: no soy tan bestia, vale.

Busco por eso las prosas de los poetas, y a menudo (aunque no siempre) he encontrado tesoros. Un Dylan Thomas y un Rilke cuentistas, un Apollinaire y un Lezama Lima novelistas, un Bergmann, un Buñuel y un Herzog (poetas de la imagen) memorialistas, por ejemplo, se me han demostrado narradores encantadores, excepcionales, trasladando sus tan diferentes mundos poéticos al prosaico ejercicio de escribir prosa. Es también el caso del italiano Eugenio Montale (1896-1981), Premio Nobel 1975 y alabado poeta vanguardista en su tiempo, impenetrable hasta el punto de que he llegado a gemir tratando de entenderlo. Me he tropezado, hurgando por rincones ocultos de las librerías, con su interesante libro de viajes, de título astuto: “Fuera de casa” (1969).

Un poeta irónico, que no perdona, que se abanica con las convenciones, que vapulea incluso a sus propios lectores, que se pone a pelear con sus detractores y con sus amigos. He allí el enfoque de estos textos que corresponden a encargos periodísticos. Por ahí leí un ensayo donde se decía que el hermetismo de la poesía de Montale derivaba de que hacía referencia a vivencias estrictamente personales, se hablaba poéticamente a sí mismo. En estos escritos perpetra algo parecido, con la diferencia que lo hace respecto a hechos, lugares y personas que tal vez tuvieron importancia sólo para él.

Fuera de casa recoge artículos de viaje que el poeta escribió, entre los años 40 y 60, acerca de sus experiencias en Inglaterra, Escocia, Oriente Medio, Suiza, Estados Unidos, Francia, España, Portugal y Grecia, así como algunas de sus reflexiones sobre Italia. Le pagaban por eso, pero Montale no perdona. No transa. No endulza. Se burla. Si quieren Montale, pues que acepten lo que viene. Sus detractores hablan de su “estética de lo negativo”, anatema fácil y conocido para descalificar a los criticones.

Asiste a un congreso cultural, recién terminada la segunda guerra mundial, que tiene lugar en el Líbano, lo que le permite azarosos viajes por ese país (escindido mitad y mitad entre cristianos y musulmanes) y la vecina Siria. Periplos peligrosos, no sólo por lo agreste del territorio, sino por su inestabilidad política, como que caen ministros e incluso gobiernos en los pocos días del evento. Montale aprovecha, además, de poner en blanco y negro todo tipo de sarcasmos acerca del entonces director de la UNESCO, Julian Huxley, el célebre científico (que entre otros desastres ha renunciado en vísperas de la conferencia).

El estreno en Venecia de una ópera de Stravinski, *Carrera del libertino*, basada en poemas de W. Auden, presente en el evento, es todo un espectáculo que Montale describe en tono mordaz. Stravinsky hablando lugares comunes como un oráculo, rodeado de su familia, dirigiendo como si estuviera dormido. Dice Montale: “Gran triunfo de la *Carrera del Libertino*, en el Fenice. Stravinski ha salido a saludar al escenario, donde daba saltos como un muñeco de goma”. Más adelante, durante la recepción en su honor, “Stravinski, sentado, recibe los elogios y da las gracias. Es un hombrecito encorvado, enfermizo y sonriente, que se inclina a la rusa, con un gesto decidido... sencillo y humanamente solitario. La celebridad, Hollywood y los dólares no han cambiado lo más mínimo su naturaleza de pequeño noble que teme al diablo y querría que toda la vida fuese una hermosa ópera, más cercana a Tchaikowski que a Wagner”.



En Ginebra conoce a una condesa de Sarre, de sangre real: “Tiene unos ojos azules que ven muy bien, aunque por desgracia sólo en una franja de espacio horizontal, muy restringida, ni más abajo ni más arriba del interlocutor que tiene sentado enfrente; lo demás permanece oscuro... Vive en una prisión con un pequeño tragaluz luminoso. Pero puede mover esta prisión, puede llevarla consigo”. Original alegoría, vaya. Un paseo en automóvil por la Provenza francesa (centro de la antigua Galia romana), bañada por el río Ródano, lo traslada a varios pueblos entre ellos Arles, donde Van Gogh fue huésped del manicomio, a Camargue, “la más romana pero también la más aséptica y neutra de las ciudades francesas”, y de allí a Aigues Mortes, la ciudad amurallada fundada por San Luis, rey de Francia. Dice Montale: “Se cumplía así mi iniciación en una tierra maravillosa donde sólo los ricos y los desharrapados pueden vivir como grandes señores. Para los demás no hay esperanza”.

¿Quién no las ha emprendido alguna vez con el imperio británico? Montale afirma: “Es evidente que cuando se penetra la dura corteza del difícil mundo londinense, las auto-reclusiones, los escondites posibles no son sólo civiles, sino también espirituales. Entonces

la uniformidad se quiebra y un aliento de vida, de auténtica vida, parece palpitar sobre esta inmensa superficie de asfalto, de cemento y de ladrillo”. En una visita a la BBC se inquieta acerca de las proyecciones que puede tener la naciente TV. Afirma: “Formulo el problema sin pretender resolverlo y no sin cierta pena al constatar que el mayor atentado contra una de las libertades individuales más importantes (la libertad de *no saber y no ver*) haya encontrado, aquí en Inglaterra, desde 1936, su más moderna y racional organización”. En 1949, un año después del artículo, George Orwell publicará su fundamental novela *1984*. Premonición de poeta, la de Montale.

¿Han escuchado hablar del valle de Engadina en los Alpes suizos? Es algo así como el altiplano alpino, un valle oculto y de paisajes sublimes que se alza a 2.200 metros de altitud. Thomas Mann y Nietzsche anduvieron por allí tratando de curarse de sus males. Proust y Hermann Hesse fueron asiduos. En su visita, Eugenio Montale opina: “El aire de la Engadina: este aire seco, eléctrico, excitante, sutil, favorece la locura (muchos son los suicidios y los casos de locura entre los habitantes)... Si el mundo de los grandes esnobs está destinado a una progresiva liquidación, el de los locos, menos controlable, menos reducible a una clase social, seguirá siendo siempre un mundo fiel a la Engadina”.

Viajar para opinar, consejo de poeta.